

# Fragments de cartas

(De Luz á su amiga)

4 de mayo

“Queridísima: Sobrada razón te asiste para tildarme de desconfiada y mala amiga. Es verdad. Al hablarte en mi anterior en tono quejumbrosos y veladamente triste, hasta bien se comprendía que solícita me exigirías te contara francamente mis cuitas y mis penas; solo que hay momentos en los que nuestro ánimo embargado en mil dudas y contrariedades apenas si consiente en recordar lo que le amaga y le atosiga, como temiendo aumentar con ello la melancolía y la tristeza. Hoy sí, hoy me encuentro dispuesta á satisfacer tus deseos, á descargar sincera en ti, como otras veces, este nudo doloroso que circunda mi corazón y le lastima y le lacera.

Ángel vino. ¿Recuerdas de Ángel? ¿Aquel que llamábamos el *generalito* en razón del grado de su padre? Pues bien; Ángel está aquí, Ángel ha vuelto, y para amargor y tormento de mi alma lo veo todos los días. Ya me imagino la extrañeza que en ti causará lo que acabo de decirte porque sin duda, como yo hace algunos meses, tendrás el pasado muy lejos de tu mente. Muy lejos de tu mente aquella época no sé si feliz ó desgraciada, pero ciertamente más envidiable, en que niñas todavía tanto ansiábamos llegar á la presente; época ilusoria en la que nuestras locas cabecitas, forjábanse fantásticas un mundo colmado de risueñas esperanzas que luego lentamente se deshacen como hielo sumergiéndose en el agua.

Ángel... ¿no te acuerdas?... Ángel me amaba, ó por lo menos eso me decía. Él era mayor que nosotras, bastante mayor; casi un hombre. Venía á casa con mi hermano. A mi me parecía muy simpático. ¡Era tan guapo! Me miraba siempre de una manera... no sé como decírtelo. Me hablaba de un modo especial, desconocido. Yo apenas le entendía, no acertaba á explicarme sus deseos. ¡Qué torpe! ¿verdad? Hasta que un día sí, un día comprendí extrañada lo que pedía amoroso y me dio vergüenza, mucha vergüenza. ¡Qué atrevidos son los hombres! Recuerdo que me puse roja, roja como las cerezas. Qué turbación, qué desasosiego, qué temblor me entró por todo el cuerpo. Mis ojos caídos en mística timidez, no osaba levantarlos por temor de encontrarme con los de él... Era yo muy niña... no podía ser... ¿Qué iba á contestarle? ¿No te parece? Desde ese instante empecé á mirar á Ángel de una manera singular: se me antojaba más simpático, más bueno; experimentaba inefable emoción siempre que le veía; mis ojos rebeldes á mi propósito escrutaban la mirada de los suyos tornándose mi rostro á un tiempo encarnado y pálido. Y sin embargo temía su presencia, infundíame miedo inconcebible sus palabras siempre implorando mi querer. Yo, sí, yo le quería también... no puedo negarlo, le quería a mi modo; sentíame halagada y satisfecha cuando las amigas me decían lo mucho que me amaba. Pero no obstante, confieso que no se qué fuerza misteriosa impedía acceder á sus deseos. Y él, tenazmente importuno, me seguía á todos lados, me miraba con la tristeza del enfermo, me escribía largas cartas que yo ¡tan niña! Casi no lograba descifrar. Nunca olvidaré las veces que en furiosa reprimenda me avergonzaron las monjas delante de vosotras por alguna carta escondida entre los libros. ¿No te parece que era mucho pedir para una niña de nuestra edad que le escribiera, que saliese á la reja como ahora podemos hacerlo? Sí, era mucho. Inconscientemente, me negué entonces y ahora lo comprendo: á esa edad en que la fuerza moral de la madre aún basta á impedir los caprichos de las hijas, me era totalmente imposible conceder sus pretensiones. Además, me faltaba algo; algo muy superior que eleva y agiganta y hace saltar en decidida carrera por todos los obstáculos que entonces se allanan y se borran por encanto; me faltaba el amor en iguales proporciones que él me prodigaba; el amor que ahora comprendo y que por mucho que yo me esforzase y más él se empeña, la edad se oponía inquebrantable á que naciera en mi alma juvenil. Por eso lejos de conquistarme su insistencia y las inequívocas pruebas de cariño, acabé casi por aburrirme, por cansarme y hasta hubo momentos que se me antojó ridículo su hablar quedo triste y doliente. Qué testarudez, hija, la de él. ¡Qué inusitado capricho! ¿Cómo convencerle de que la mujer aunque de derecho lo sea á los catorce años es, por razones que

no acierto á explicarte, todavía una niña y como tal piensa y obra? Yo que entonces estaba en edad y condiciones de jugar al amor con cualquier chiquillo atolondrado y vivaracho, me asustaba y llenábame de vergüenza al verme pretendida por un joven tal alto y tan formal, que tan grave á la par que cariñoso, á cada momento confesábame su amor.

Ángel un día de súbito se marchó. El alto cargo conseguido por su padre presto le obligó á partir para la Corte. Al principio, ya recordarás, sentí algo como nostalgia de su presencia, nostalgia de su amor postulante aunque sólo fuera movida por el vanidoso aire que había adoptado de niña pretendida y desdeñosa. En fuerza de la costumbre estaba habituada á verle siempre en el mismo tono suplicante, cariñoso, pendiente de mi palabra y de mi voluntad siendo como era un chico de tan preciadas condiciones; y no hay para qué decirte lo mucho que esto halagaba mi vanidad y mi orgullo de niña presumida que empieza ya á saber, porque se lo dicen, que era agraciada, que buena y que tenía excepcionales encantos que hoy por lo visto he perdido por completo. A fuer de todo esto, existía mi natural impulso que me llevaba á él; el efecto sincero que en mí había nacido, al menos por gratitud, hasta el límite de sus pocos años. Por eso la partida de Ángel me sumió en débil y efímera melancolía que me hizo pensar, si mi alma asida á la suya por la fuerza del destino necesitaría urgente, imperiosa sus palabras, sus súplicas y su amor. Bien pronto me convencí que no: la semilla arrojada en mi corazón tierno, virgen de fruto todavía, no podía germinar ahogada por la fuerza brutal y humilladora de la ausencia indefinible. Ángel marchóse y lenta, insensiblemente su recuerdo antes vivo y palpitante en mí, no llegó á ser otro que el vago y pasajero que deja un... buen amigo”.

*Y aquí hago alto en la copia fiel de esta interesante cartita, interrumpiéndola hasta el número próximo en que dará á conocer lo sucesivo.*

**Cito**

De *El Enguerino*. Año III nº 75  
Enguera 27 Febrero 1909



“Al torcer una esquina una mañana, Ángel se apareció á mamá y á mi. A ella tan de cerca la conoció al momento, y al fin, á mi, me conoció también. Qué amable, qué correcto y qué hábil supo disculparse de la tardanza en visitarnos: “Él no podía olvidar nunca sus más queridas amistades” decía convencido “sólo que las ocupaciones... el trabajo... mucho trabajo...” se excusó por excusarse.

Mil cosas más habló en un momento con mamá que me sería imposible relatarlas, porque inefable turbación me invadió desde que se presentó á nosotras. Al punto de poner mi rostro en palidez cadavérica y mis manos con frío de muerte. Pero sí recuerdo que sólo una vez fijó sus ojos en los míos, y que al despedirse me dirigió dos ó tres galanterías que me sonaron á moneda falsa, á juzgar por el incosciente gesto de incredulidad que asomó á mi cara.

Luego supe por mamá que había prometido visitarnos muy pronto.

Muchas veces nos vimos á `partir de esto en el paseo, en el teatro, en las “soirés”. Y en todos sitios parecía como que esquivaba altivo mi presencia. Con indefinible frialdad acogía todos mis disimuladas demostraciones de aproximación hacia él de las que sin duda se daba buena cuenta. Si lograra hablarle... recordar el pasado... ¡quién sabe!... Se ven tantas cosas... Al cabo él es bueno y veladamente podría darle á entender mis deseos presentes que borraban ¿no es verdad? Mis antiguos deseos. Mil ideas de este orden acariciaba ansiosa, que más y más me sumían en acerba duda al vislumbrar una vaga esperanza salvadora. Pero cuantos más deseos yo tenía de hablarle, de mirarme en sus ojos, menos él procuraba encontrarse conmigo y menos, mucho menos aún sus miradas se fijaban en las mías. Y mi corazón unísono con mis deseos, por siniestra coincidencia, más le amaba cuanto más se esforzaba en despreciarme; más volaba á él cuanto más hacía de que con tanto cariño le buscaba.

Si en el teatro llegaba á nuestra platea alguna noche, lo hacía brevemente, como por compromiso y siempre á penas sin reparar en mi que mi condición tristísima de mujer vedada exteriorizar los vehementes deseos que destrozaban mi alma.

No se hizo mucho de esperar su visita en la que cifré algunas de mis decadentes esperanzas. Un día el timbre anunciaba la presencia de alguien. Era Ángel; mi doncella se encargó de participarme la noticia. Grandes deseos tenía de verle y no obstante, entonces casi me arrepentí de que estuviera en casa. Precisamente era el día que peor peinada estaba y con menos esmero había atendido á mi “toilette”. ¡Qué coraje me entró! Tuve aún que frotar mis mejillas pálidas por la emoción; di un breve retoque á mis enmarañados cabellos y fui animosa al salón donde estaba con mi madre.

Y aquí fue la decepción de las decepciones. Todas mis últimas esperanzas se deshicieron por completo; mis cálculos ilusos se habían derrumbado como frágil castillo de naipes; todas las estudiadas preguntas que tenía preparadas para esta entrevista no me atreví á formularlas. ¿Y cómo, si después del atento saludo de rúbrica, no tornó á reparar en mi en todo el tiempo?... La glacial indiferencia en que se envolvió, helaba mi corazón defraudando mis esperanzas. “Habría V. dejado amor en otras tierras” estuve á punto de interrogarle... pero no, no; no me decidí temerosa; parecíame que era darle á entender demasiado lo mucho que me preocupaba este detalle y ahogué enérgica mi pregunta en la injusta y odiada susceptibilidad de nuestro sexo.

Como masa inerte, sin alientos ni fuerzas para nada permanecí ante él. Mi cabeza que se me antojaba hueca, sin embargo me pesaba como si fuera de plomo.

Ignoro cuánto duró su visita. Solo recuerdo que mi alma y mi cuerpo inundados de sin igual zozobra le contemplaron desgarrados despedirse tan fino, tan sonriente de ver quizá lo mucho que yo sufría y tan cruelmente amable, dejándome unos deseos no se si de llorar humilde hundiéndome resignada en mi desgracia, ó si airada, ya fiera, ahogarle y morder su corazón como hiena hambrienta y pródiga en amor escarnecido.

Ni tiempo ni papel hubiera bastante para poder relatar y además no sabría, lo mucho que he sufrido; lo mucho que he llorado y maldecido mi sino adverso: de esta farsa ridícula que la

sociedad manda representar á la mujer negándole el derecho más noble de la vida; la sinceración con el que se ama; el triste consuelo al menos de llamarle ingrato, como él ingrata me llamó otras veces. Los ratos que en mística reacción he pedido y suplicado al cielo que no permitiera fuese tan sañudamente cruel para conmigo; que me amara y tornase á mi, ya que á él era imposible dirigirle estos ruegos sinceros. Pero debo ser muy mala y despreciable cuando el cielo no me ha oído y si consentido apurase hasta las heces la copa de amargor que hacía tiempo me donaba. No era ficción, ni rumor infundado lo que mi ilusoria esperanza se empeñaba en descreer, ni mucho menos plan premeditado y pasajero su estudiada actitud despectiva. Era verdad y verdad aplastante para mi: Ángel amaba á Nieves. ¿Recuerdas que en el colegio la llamábamos *la inglesa*? Pues á esa tan fea, tan rara con sus pies largos y el andar á zancadas... á esa, á esa ama. ¿Y sabes por qué? Por eso mismo: porque es rara, porque es estrambótica; porque viste cuello y corbata y anda y habla y caza y guía sus caballos como un hombre. Es más, hasta muchos aseguran que fuma con frecuencia aromáticos cigarrillos turcos.

¿Ves como son los jóvenes de hoy? ¿No te da vergüenza la natural inclinación que por ellos sentimos?... ¿Son dignos, se merecen que les amemos, ni que cedamos á sus insolentes caprichos?... no, no mil veces. Yo por mi parte les odio ya, les aborrezco con toda el alma. Créeme, hasta he sentido un impulso de asco y rebeldía hacia la sociedad presente al ver lo que es absurdo y aberración despreciable; al considerar el contraste repugnante del joven "*Goma*" con rasurada faz, altos tacones, afeminadas prendas y pañuelos de finísima seda perfumados, buscando seducidos la mujer extravagante que pisa fuerte, habla á golpes con bronca voz, refrena briosos caballos ó empuña audaz el volante del *auto*, y viste amplios abrigos de corte varonil."

*Algunas cosas más de escaso interés añadía esta simpática Luz y terminaba su larga carta cuya lectura me ha movido en deseos de conservarla al menos para decirla que no somos tan ruines como ella nos supone y quizá también para pedirla á manera como en el "Tren expreso" que olvidara por mi á la ingrata, ya que yo por ella igual olvidaría a la ingrata que llevó á mis manos esta misiva, por la que sin quererlo ni pensarlo, nos hemos enterado de sus cuitas y sus penas.*

**Cito**

De *El Enguerino*. Año III nº 77  
Enguera 27 de marzo de 1909